

F. de Oliver-Gopons

Recuerdos

de

Menéndez Pelayo

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732

2732 - Leg 36 P. 20

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732

U/Bc LEG 36-2 n°2732

HTCA



1>0 0 0 0 1 7 0 3 0 4

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732

F. de Oliver-Gopons

Recuerdos

de

Menendez Pelayo

Imprenta de los Hijos de Egaña .

1913

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732

F. de G. de G. de G.

Principes

Memoire de G. de G.

Recuerdos de Menéndez Pelayo

Discurso leído en el homenaje
dedicado al insigne escritor
por el Ateneo de Vitoria,
el 31 de Marzo de 1913,
por el Coronel de Artillería
D. Eduardo de Oliver-Copons.

Recuerdos de don Manuel Pelayo

Discurso leído en el homenaje

hecho al insigne escritor

por el Ateneo de Victoria,

el 31 de Marzo de 1913.

por el Coronel de Artillería

D. Eduardo de Olaver-Copona.



Señoras y señores:

Comprendo vuestro asombro y extrañeza, al ver en este sitio tomando parte activa en una fiesta de paz, en homenaje á un literato insigne, á quien si de algo entiende, y ojalá fuera cumplidamente, es de artes de la guerra, de labores y tareas bien distintas de aquellas á que se entregó con su admirable constancia, con su profundo estudio, con su peregrino ingenio, el gran Menendez Pelayo, uno de los españoles que mas han honrado á la Madre Patria en la época contemporánea.

Os he de confesar ingenuamente que el mas asombrado aqui soy yo; que mi extrañeza no tiene límites, al contemplar mi atrevimiento, y no acierto á darme otra explicación sino considerar la fuerza sugestiva de nuestro amable Presidente, que apelando á mi entusiasmo y cariño por la obra culta é importante que realiza el Ateneo de Vitoria, al que otorgo todas mis simpatias, por no tener otro caudal que ofrecerle, ha sabido convencerme, mejor dicho cegarme, para que no viera mi insuficiencia y acudiera á depositar una flor en la corona que se teje en torno á la frente del esclarecido historiador, flor que por ser mia no tiene color ni perfume.

La idea que haya perseguido el Sr. Luque la des-

conozco, juzgo que como entendido arquitecto de ésa hermosa Catedral, que ha de ser en lo futuro orgullo de los Alaveses, ha pensado que sus maravillosas filigranas y sus soberbios y labrados sillares, se apoyan en el modesto ladrillo sin bellezas de ornamentación, y que este rellena un hueco y sirve aunque oscuramente, á mantener la trabazón y el armónico conjunto de la obra toda.

Quizás ha querido jugar con los contrastes del claro oscuro, poniendo al lado de trabajos meritísimos otro de escasa valia, pues bien sabe que las sombras que en la noche rodean á un faro, hacen que sus rayos brillen con más intensidad.

También pudiera haberle ocurrido asociar al indicado homenaje á alguien que por llevar uniforme representase al Ejército, como demostración de que los complejos méritos de Menendez Pelayo, son admirados por todos y todos nos hemos de sentir igualmente enorgullecidos.

Pero sea una cosa ú otra, es lo cierto que aqui me veis casi por mandato, pues no le hay más imperativo que el ruego, ni obediencia tan completa como la voluntaria.

Dispensadme haya sido débil para sustraerme al amistoso empeño, sabiendo que no iba á dar forma á nada que sea ni remotamente digno de aquel, de quien con frase feliz ha dicho el elocuente Mella «es un brillante de mil facetas cuyo brillo obliga á rendirle vasallaje sin divergencias de opinión».

Más indulgencia necesito aun de vosotras damas vitorianas, cuyos oídos delicados no sabré recrear con armoniosos párrafos y bellas imágenes, pero lamentándolo, os pido no dejéis de acudir á estos

certámenes del Ateneo, aunque tome parte quien carezca de condiciones como á mi me ocurre.

Probaréis con ello espíritu cultivado, esquisita amabilidad, y que queréis contribuir con vuestra presencia á dar mayor realce á estas fiestas de la inteligencia, con igual entusiasmo que acudis á otras, pues os necesitamos siempre, y siempre sois el rayo de sol, y el aire puro, que al penetrar en los lugares más tristes, frios y severos llevan luz, calor, vida y alegría.

Sin vosotras todo languidece privado de encanto, y no querréis que este resurgimiento pujante de el Ateneo Vitoriano, de tan brillante pasado, se estinga nuevamente por la indiferencia y el aburrimiento.

Es costumbre en estas solemnidades, tratar bajo diversos aspectos del personaje á quien se honra y extremando los argumentos se le conceden variadas cualidades, y se universalizan sus conocimientos, considerándole, como filósofo, artista, crítico, teólogo, marino, militar, diplomático y.....no os riais hasta individuo de la Cruz Roja (1) segun tenia una de estas profesiones, ó formaba parte de ciertas colectividades, aquel que disertaba. Siguiendo esta regla yó debería tratar de Menendez Pelayo como *militar* pero por mucho que rebusque no habré de encontrar en verdad materia en que apoyarme, aunque segun el uso del día y los equívocos del lenguaje moderno se le pueda tachar de *militarista*, unicamente por ser ardoroso patriota y por tanto entusiasta

(1) Esto ocurrió en un certamen sobre Cervantes y tratándose de Colón, Lope, Calderón y otros célebres personajes tambien se ha incurrido en tamañas exageraciones.

del Ejército. De muy antiguo adquirí este convencimiento y trataré de fundamentarlo, evocando algunos recuerdos que mezclados á ligeras impresiones, constituirán las breves palabras que dedico á la memoria del pensador profundo y escritor eximio.

Corria el año 1879, cuando tuve la suerte de hablar por primera vez con Menendez Pelayo. Estaba yó en los comienzos de mi carrera militar y sentia aquellos férvidos entusiasmos é ilusiones, que impulsan á engalanar con todas las perfecciones la profesión libérrimamente escogida, y no me limitaba á eso sino que como D. Quijote aspiraba á que todos amasen á mi Dulcinea, admirando sus encantos y excelencias, y la respetaran y rindieran pleitesia reconociendo sus fueros soberanos. Mi Dulcinea era, y sigue siendo, el Ejército, y con la irreflexión y exageraciones de la juventud, y la inocencia de sentimientos no flagelados por el cierzo del desengaño, ni atrofiados por el escepticismo que se ha enseñoreado de la sociedad, buscaba diligente, ocasiones de oír sus alabanzas, y cuando esto ocurría mi satisfacción no tenia límites.

Comprenderéis por lo tanto la agradable impresión que me causó cuando á poco de empezar nuestra conversación me expresó el sincero culto que rendia al Ejército. Tratábamos de mi afición naciente á los estudios históricos en los que él, no obstante sus pocos años, (1) era ya maestro y al alentarme á proseguirlos decía:

(1) Nació en Santander en 1856 donde aprendió la 2.^a enseñanza y desde muy niño demostró una memoria prodigiosa y un ardiente deseo de estudiar. A los 19 años poseía el francés, inglés, alemán, italiano, griego y latín, y admi-

«El estudio de la historia tiene una importancia de que no todos se dan clara cuenta. La historia es la realidad, y la realidad de nuestro pasado, como toda realidad humana, nos ofrece el oro junto á la escoria, pero afortunadamente abunda más el primero que la segunda y por eso sobre ser tan útiles sus enseñanzas resultan soberanamente gratas».

Entonó un cántico á esa España de los siglos XV y XVI en que llegó al pináculo de la grandeza, conjunto maravilloso de hechos admirables, de titánicas empresas, de gallardos adelantos, realizados en todos los terrenos y en todas las ramas del saber, con lo cual hizo sentir su decisiva influencia á cuantos pueblos vivían sobre la tierra.

¿Y cómo no amar con sinceridad y legítimo orgullo al Ejército—añadió—eje y sostén del edificio de nuestro inmenso poder entonces, y que cubierto de

rando su erudición pasmosa fué subvencionado por el Ayuntamiento de Santander y el Ministerio de Fomento, para realizar investigaciones y estudios históricos y bibliográficos, recorriendo las principales bibliotecas de Europa. En la Universidad de Barcelona cursó filosofía y letras. A los 20 años se le consideraba un verdadero sabio y basta decir que al vacar la cátedra de Historia Crítica de la literatura española en la Universidad de Madrid por fallecimiento de Amador de los Ríos, se dictó en 1878 una Ley especial fijando en 21 años (antes era 23) la edad para poder desempeñar el cargo y así pudo Menéndez Pelayo tomar parte en las oposiciones que ganó en lucha reñidísima con Don José Canalejas y otros ilustres personajes. En 2 de Diciembre de 1880 fué elegido Académico de la Lengua; en 5 de Mayo de 1882, de la Academia de la Historia, poco después sucesivamente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la de Bellas Artes y Consejero de Instrucción Pública.

gloria, paseó la Bandera Patria, abrumada de laureles por todos los continentes, haciendo respetado y temido el nombre santo de España, y motivando que ésta saborease el placer de innúmeros triunfos y el disfrute de cuantiosos territorios?

El León español retemblaba la tierra con sus rugidos, y ante él inclinaban la cabeza y doblaban la rodilla Reyes y Naciones, pero una vez defendidos sus derechos y domeñados sus enemigos, tornábase tranquilo á las plácidas tareas de la paz.

Entonces oí á Menendez Pelayo aquella frase notable—después consignada en una de sus obras—de que el pueblo español de los siglos XVI y XVII, constituía una raza de *Teólogos armados* y de ello derivaba cuanta grandeza nos atrajeron militares y eclesiásticos, que una cosa ú otra eran la mayor parte de nuestros estadistas y escritores. Servían á la Patria honrándola con los frutos de su inteligencia y la defendían con el vigor de su brazo, pues desde la reconquista á acá no ha habido un movimiento de carácter nacional, que no se haya sostenido por el heroísmo y abnegación del Ejército y la Iglesia unidos, fraternal y simultáneamente en el mismo esfuerzo, para salvarla de tantos enemigos como siempre la codiciaron, sin embargo de ser añejo el hablar de nuestra miseria y escasa valía.

El fuego de la juventud, y el del patriotismo que ardía en el pecho de Menendez Pelayo, alumbraba su fisonomía dulce, expresiva y de ojos movibles y escrutadores, caldeando con viriles acentos de apóstol y tribuno su palabra que, absorvida por mis oídos, aun me parece resuena en ellos como doctrina de maestro y eco de un alma noble y generosa.

Pasaron los años y aunque por azares de mi carrera nos veíamos poco, estuvimos en correspondencia, no tan frecuente como para mi regalo y enseñanza hubiera deseado, pero si lo que permitía la labor asidua á que el se entregaba en bien de la ciencia y de la historia, y el poco tiempo que á mi me dejaba libre el servicio activo que nunca abandoné.

No obstante, en cuanto encontraba ocasion, acudia al insigne Maestro, en busca de consejo, y él me animaba á perseverar en mis trabajos sobre historia militar, tan descuidada como necesaria me decia, aplaudiéndolos, para no desalentarme, con la benevolencia del que mucho sabe; no es avaro de sus conocimientos; ni se engrie por su elevado nivel intelectual, tan claramente probado en las inmortales obras que produjo para ornamento de la literatura patria.

No es posible enumerarlas siquiera, se necesitaria una labor de investigación grande, y espacio y tiempo de que no dispuse.

Entre la multitud de ellas «La ciencia española» «Historia de los Heterodoxos españoles»; «Las ideas estéticas en España»; «Antología de poetas líricos castellanos»; «La novela entre los latinos»; «Horacio en España»; «Calderón y su teatro»; «Arnaldo de Vilanova siglo XIII»; «La ciencia española» y «Origénes del cristianismo» descuellan como montaña gigantesca y faro de refulgente luz entre el fárrago de libros de frivola ñoñez, nocivos, insulsos ó mal escritos que venimos padeciendo.

Para bosquejar someramente un juicio seria preciso poseer una suma de conocimientos vastos y heterogeneos, en todas las disciplinas del saber, como lo fueron los de su autor.

Tarea difícil para muchos, en mi intentarlo sería audacia inaudita, ya que desprovisto estoy del indispensable bagaje para meterme en tales andanzas, tanto más que me he visto imposibilitado de leer y doblemente de estudiar gran parte de los escritos de Menéndez Pelayo, por que la vida militar obliga, á los que la profesamos por deber y cariño, á consagrarle todas nuestras energías y nuestros momentos todos, y el espíritu *enrudecido* si así cabe expresarse, se encuentra distanciado de las tranquilas regiones de la reposada investigación literaria.

En las obras que conozco palpita amplio sentido de amor al bien, á la verdadera ciencia y á ésas glorias de la vieja é hidalga España simbolizadas en poéticas leyendas y tradiciones que ha sabido pulir y privar de errores, pero aun desprovistas del fantástico ropaje conque las envolviera el numen popular, conservan belleza plácida sin detrimento de la verdad.

Románticas baladas, rústicas consejas, cubiertas con el polvo de los siglos, que el viejo campesino, recostado en humilde escaño, junto al fuego donde gimen retorcidos sarmientos, cuenta en las largas veladas del invierno á sus nietos que le escuchan entre regocijados y medrosos. Exentas de galas retóricas tienen el humilde perfume de las flores silvestres y en sus vagos rumores parece escucharse el eco de clarines convocando á nuestros padres á la defensa del suelo sagrado en que nacieron; gritos de la plebe agitada en revueltas y alzamientos; pasos cadenciosos de príncipes y guerreros que huellan las agrietadas losas de sus sepulcros; toques de campana convocando á la oración; cánticos sagrados rumureando bajo las ojivas de góticas catedrales; y canciones amorosas que

en la espesura del bosque, brotan de los frescos labios de la gentil zagala, rojos como los aterciopelados pétalos de la amapola trigal.

Todo esto traen á la memoria las obras del insigne escritor, magestuosas como los edificios seculares, donde toda la magnificencia de nuestra aurea epopeya tiene su natural asiento; donde flota el pensar y el querer de un pueblo hidalgo caballeresco y creyente. Creyente si, y creyente convencido que profesaba el ideal de la fé, la fé que salva, que realiza prodigios, que dignifica al hombre, y es la única afirmación del orden espiritual y psicológico.

La cualidad distintiva de Menendez Pelayo, fue la solidez de sus creencias religiosas, y su inmensa labor científica, histórica y literaria, la hizo sin abdicar de aquellas, ni apartarse de la fé heredada que no oscurece, antes bien ilumina con vividos fulgores los conocimientos humanos, pues los conflictos de que con tanta ligereza se habla, son fantasmas de sectarios, ignorantes de la profunda sentencia de un pensador ilustre que ha dicho «Las dos llagas origen de grandes males en el mundo son; *la ciencia sin religión y la religión sin ciencia*».

Con la mirada puesta en quien es la *sabiduría infinita*, atrajo á su retina luz de verdad y á su mente rayos de inspiración, con lo cual esclareció las más confusas materias é intrincadas proposiciones de la filosofía, la psicología y la metafísica.

Los monumentos de brillante ejecutoria, que se mantienen inhiestos como hitos de extinguidas civilizaciones; nuestras universidades asilos del saber; las bibliotecas que custodian los escritos de nuestros clásicos; las obras de preclaros artistas que pueblan

nuestros museos; los templos silenciosos donde duermen el sueño de paz los que nos precedieron: los palacios que habitaron Reyes y Magnates; los castillos testigos de múltiples alardes de valor realizados por caballeros y soldados; los monasterios donde austeros cenobitas practicaron la virtud y vertieron ciencia; eran objeto de deleite y de la admiración respetuosa de Menendez Pelayo, que sentía honda pena al ver como se desmoronaban y con ellos el espíritu que los levantó, en testimonio y recuerdo no pocas veces de homéricos hechos en la paz, y de soberbias hazañas realizadas por nuestros soldados en la guerra. Sentado sobre rotos sillares y truncados capiteles, de venerables ruinas, se abstraía escuchando las voces misteriosas de sucumbidas generaciones y las traducía en primorosas monografías y académicos discursos, que ante nuestra atónita vista desarrollaban el espléndido panorama de un épico pasado, para levantar los ánimos decaídos y alentarlos con esperanzas de un porvenir risueño y venturoso.

En lucha perpetua por el bien, la cultura y el patriotismo, afirmaba con su pluma y con su palabra que habíamos llegado al límite de los avances, que gozábamos de multitud de derechos y libertades, y apesar de ello ni nos hallamos satisfechos por completo de lo conquistado en el orden moral y social, ni reina paz y armonía entre nosotros. Por el contrario parece que cada día siente España más hambre y sed de justicia, de mejoramiento, de bienestar, y es que si quiere progresar en aquello que esta hermosa palabra tiene de más noble, si quiere vivir y no ser contada en el número de las naciones llamadas á desaparecer, ha de restaurar con respetuoso cuidado

todo aquello que tanto nos elevó en anteriores centurias; ha de saciar su alma en veneros límpidos; ha de velar con íntimo cariño por los prestigios del Ejército, que es su defensa y su salvaguardia, ha de fomentar instintos nobles y viriles en la niñez; ha de trabajar y luchar en terrenos invadidos hoy por la maleza; que el cobarde, el escéptico, el antimilitarista, el apático y el paria, no son propios de este excelso solar castellano.

No sé si traduciré fielmente su pensamiento y recordaré bien las palabras que le oí en una conferencia dada en Madrid. «Debemos elevarnos—decía—en los adelantos materiales que tienden á mejorar la humana condición, fomentando la educación física y la higiene corporal, pero acompasadamente con esto hemos de levantarnos en lo moral igualmente necesario, tratando de respirar aires no viciados, reconstituir las energías de la raza, vigorizando y saneando el alma y el cuerpo de la juventud, para que sienta ansias de perfección, estímulos de bien obrar, y no se malogre ése vago aleteo que comienza á percibirse en ella, de avance sereno á altas empresas, concierto vibrante de notas evocadoras de desaparecidos esplendores, palpitación de seres que gemían amodorrados por groseros positivismos y vuelven la mirada á patrióticos ideales, síntomas de nueva vida, presagios de salud, grito de anhelante esperanza que rasga el silencio lúgubre de cobardes debilidades.»

Que sedimento tan sano, que semilla de acendrado patriotismo dejaba en el corazón esta enseñanza del hombre bueno y sabio, y si la atendiéramos, á la par de tantos adelantos que justamente nos envanecen germinarían frutos de cívicas virtudes, y en apoyo

de tantas fuerzas como poseemos en los comienzos del siglo XX, vendría la única que quizás nos falta, la fuerza creadora, sublime, magestática de la fé.

Hay ciertos lugares que en las narraciones de viajes se señalan con los nombres de la *Gruta del perro*; la *Caverna del Infierno*, las *Lagunas Pontinas*; y el *Valle de la muerte*, donde hasta cierta altura se extiende una capa de gases mortíferos; dentro de ésa atmósfera todo es oscuridad, angustia que oprime, enervamiento que embota las facultades, axfixia, que intoxica los pulmones y mata los cuerpos; por encima de ello el sol hermoso, el oxígeno que vivifica; las sanas emanaciones que devuelven gastadas energías.

Asi también la desmoralización y otras ruines pasiones que flotan á flor de tierra, extienden sombras en la inteligencia, odios en los corazones, y en los cuerpos las estigmas del vicio, y corrompiendo las costumbres, pervierten la pluma del escritor y malean y tuercen la gran palanca de la prensa.

Menendez Pelayo como águila real se levantó de este fango á más altas regiones, donde no llegaba el vaho de las miserias y groseras minucias de la ambición desordenada; donde hay luz y paz para los seres todos.

Sin otro amor ni más ideales que la religión, base de tranquila dicha para el hombre racional, y la Patria, que no es solo el suelo que nos sustenta y el conjunto de los que nos cobijamos hoy bajo la misma Bandera, sino el recuerdo de los que antes sembraron para nosotros, y cuanto forma la bella hurdimbre de nuestros viejos anales, buscó en el estudio del arte, la ciencia y la naturaleza, deleitable

alimento, digna y constante ocupación, para su asombrosa actividad.

Solo así se comprende, aun conocido su talento sintético, su clarividencia, su capacidad y memoria prodigiosas, que pudiera producir tanto y tan excelente, habida cuenta que murió relativamente joven; (1) y es que en él tuvo aplicación perfecta el principio militar japonés «El hombre lo podrá hacer todo sino malgasta el tiempo».

Soñador y reflexivo, pensador y literato, científico y poeta, era en ocasiones enérgico hasta el punto de asustar á los timoratos, y en otras tocaba el límite de una sencillez paradisiaca, como de un mismo nido salen pájaros vivos acometedores y parleros, y otros apacibles, medrosos y callados.

Polígrafo insigne, de fecundidad asombrosa, dialéctico profundo y de claro juicio, se destaca con gran relieve en cuantas materias trató y cada asunto aparece tan gallardamente pensado, y con tal conocimiento expuesto, como si todo su ser se hubiera absorbido en él para dominarlo por completo; pero ante todo y sobre todo, fué un crítico admirable y en esto su autoridad era indiscutible.

Exento de toda ambición, y desligado de los partidos, no se dedicó á las tortuosidades de la política, ni dió su nombre para ninguna combinación de concejales, diputados y demás cargos más ó menos desinteresados.

No escribió para gentes frívolas, ni con el fin de atizar ruines instintos, soliviantando á las muche-

(1) Nació como hemos dicho en Santander en 1856 y falleció en la misma ciudad en 19 de Mayo de 1912.

dumbres con aspiraciones irrealizables, por eso quizás no gozaba de ésa popularidad que pudiéramos llamar de la calle, fundada á veces en méritos discutibles, pero más al alcance de la ignara mayoría.

No ha de creerse por esto que persiguiendo é investigando la verdad fria y el fondo de severa realidad de las cosas, desdeñara el hacerse entender y descuidara ó despreciara las galas del lenguaje y los fueros del bien decir.

Nada de eso, de sobra sabia que la forma cuidada y amena (1) es parte principal para que se abran paso los conceptos nuevos, las varias ideas del escritor que claro es, no se propone otro objeto al darlas á luz, que conseguir su mayor difusión.

De modo magistral supo disimular las arideces de la ciencia y la rigidéz de ciertos temas, bajo el brillante ropage de un estilo pulido, diáfano, que permite se acierte con el pensamiento del autor, como el cristal deja que se trasparente lo que detrás de él está. Estilo clásico, castizo, de pura cepa castellana, pero depurado de erróneos giros y frases anticuadas, bien lejos no obstante del modernismo que algunos preconizan, y es en arte y en literatura, la deformación y *retorcimiento*, si se me permite la frase, de la expresión sincera de la linea ó la palabra, cual esos espejos que falsean y desdibujan la imagen, por bella que sea, que ante ellos se presenta.

(1) Tan ameno era en su conversación como en sus escritos

Su sucesor en la biblioteca nacional, el notable literato Rodriguez Marin ha publicado un precioso trabajo «Amenidades» de Menendez Pelayo.

En mis frecuentes viajes á la Corte le veia siempre y le encontraba el mismo hombre de ciencia depurada y saber profundo, de exquisita delicadeza de espíritu, de bondad extrema, de fervoroso culto á la Patria y al Ejército.

En uno de ellos que efectué por Septiembre de 1909 sustuvimos larga, sabrosa, y para mí instructiva conversación. Hablando de la guerra de Melilla me decia «no sabe V. la admiración, mayor cada vez, que siento por esos pobres, sufridos, y heróicos soldados, que lejos de su hogar en la atmósfera de hostilidad é ingratitude que hacia ellos se forma, por la propaganda de malos españoles dentro y, lo que es peor, fuera de casa, permanecen serenos altivos, abnegados; luchan y no desmayan con los reveses, ni se ensoberbecen con los triunfos, para arrojarlos al rostro de sus cobardes detractores que les odian porque odian á la Patria..... Es un espectáculo de una sublimidad grande y si mi quebrantada salud me da treguas he de hacer un estudio del alma del soldado español, desde aquel rudimentario, en los albores de la unidad patria, hasta el de los tiempos modernos, en que se les han quitado prestigios, cercenado derechos, amargándoles con inicuas desconfianzas, pero no han podido arrebatárles intrínsecas y nobles cualidades que le hacen único en el mundo.

En efecto, el soldado español en la larga sucesión de los tiempos, ha derrochado todo género de virtudes y escrito con su sangre páginas brillantísimas. Posó su huella victoriosa en el pantanoso suelo de los Países Bajos; en las vegas sonrientes y bellas ciudades de Francia, Italia y Alemania; en las nevadas estepas de Rusia; en las florestas americanas; y en los

arenales africanos, mostrando en toda ocasión, haberse formado en severa escuela de valor, heroísmo y sacrificio.

Yo, quizás apasionado, así lo creo ciegamente, pero no sabría expresar cuanto me recrearon aquellas palabras de persona tan imparcial y docta, que endulzaban no pocas amarguras de las que sobre nosotros esparcen, las acerbadas resinas destiladas por el árbol del desamor, la tristeza y el pesimismo, el cual con tanto empeño cultivan muchos desventurados, por no darles calificativo más duro.

Quebrantábase desgraciadamente la salud de Menéndez Pelayo y apesar de la prohibición de los médicos, su temperamento le arrastraba al trabajo con una tenacidad sin límites. Era como su segunda naturaleza, por considerarlo un deber por encima de los agotamientos de la materia.

Testimonio de ello, es que bastante enfermo ya, comenzó la nueva edición de sus obras y proseguía la monumental «Biblioteca de Autores clásicos.»

Sus últimos trabajos fueron un magistral estudio sobre Milá y Fontanals, ilustre publicista catalán que había sido su profesor, «Los Trovadores lemosines» gallarda muestra de poética galanura, y el cincelado discurso pronunciado en Santander al inaugurarse el monumento á Pereda. Estos postreros rasgos de aquella intelectualidad próxima á apagarse, fulguran con brillantes matices, á semejanza de esos objetos colocados en la cima de la montaña, que el sol poniente dora con más encendidos tonos y más vivos destellos, á la hora sublime del atardecer, por el contraste con las sombras que se avecinan.

Sin perder ninguna de las cualidades de genial

maestría y maravillosa erudición, que adornan á sus anteriores obras, tienen estas un inexplicable sello de melancólicas añoranzas, un vago tinte de tristeza, de ésa tristeza dulce que acompaña á todos los crepúsculos.

Volví otra vez á verle por Mayo de 1911, la enfermedad había hecho ya completa presa en aquel cuerpo macerado por la tenaz labor intelectual y las vigili-
as, que el esfuerzo del estudio como el de todo trabajo ha de tener su reglamentación, su higiene sin lo cual el resultado es el rápido consumo de energías, el aniquilamiento, y fin prematuro.

Hablamos como siempre de arte, de historia, de literatura y nuevamente ensalzó con calor al Ejército y lamentó innobles campañas que contra él se hacían, las que calificó de suicidas para el país.

«Unos son conscientes, me decía, y aun cuando saben el daño que hacen les conviene para sus fines. ¿Pero los cándidos, los apáticos inconscientes... que se proponen?... Es inexplicable que se dejen arrastrar por ciertas teorías sin ver que destruído el baluarte mas firme que la nación tiene, esta quedará indefensa y entonces con poco trabajo de sus enemigos sucumbirá.»

El problema de Marruecos lo consideraba de colossal importancia para España, y creía no había otro factor para resolverlo mas que el Ejército; y por no molestar con exceso vuestra benévola atención suprimo otras muchas consideraciones que hizo sobre este particular, y que os convencerían le corresponde cumplidamente al calificativo que le he dado.

Al despedirme me indicó algo para mí muy halagüeño. Poco después me escribía á esta Ciudad que

había puesto con sumo gusto, como Director de la Real Academia de la Historia, el *conforme* á mi propuesta de Académico Correspondiente, hecha por excelentes amigos míos.

Este es el último recuerdo que conservo y fué como la cordial despedida, conque cerró la serie de amistosas atenciones hacia mi, aquella personalidad ilustre en que parecieron refundirse todos los méritos de los famosos escritores de nuestro siglo de oro, y los mas acendrados prestigios del talento y del saber, que nunca brillan tanto como al ser iluminados por los suaves resplandores de una no fingida modestia.

Patriota de corazón, era antes que nada español y soñaba con un nuevo reyerdecimiento de nuestra influencia y nuestros triunfos guerreros, con futuras glorias que devolvieran á nuestro escudo todos los prestigios oscurecidos, todos los blasones destrozados por glacial indiferencia. Al verle desaparecer en los abismos insondables del sepulcro, nos deja un hondo pesar por igual producido al perder lo que mucho vale, y al experimentar el temor de que queden sin cubrir los huecos que en las filas de los españoles ilustres y verdaderos patriotas se van produciendo.

Agravada su dolencia marchó á Santander para respirar los aires de la región montañesa, donde viera la primera luz, como buscando fuera la última que se reflejara en sus pupilas.

Allí, al lado de su biblioteca que era el centro de sus amores, sucumbió como el heróico soldado que pelea por el honor y la defensa de la Patria y, en cumplimiento al juramento prestado, derrama su sangre y deja la vida sobre el campo de sus luchas y sus triunfos.

Seria injusto pensar y doloroso aconteciera que la fama hubiera estado reacia en prestarle sus favores, por no haberla agitado esas masas que se deslumbran mejor con miseros talcos y espejuelos que con los rayos de potentes focos científicos, pero fué tan inmensa, profunda, y de contrastada ley su labor, que se impuso á los más rebeldes y llegaron á apreciarla los más miopes. La admiración seguía sus pasos, el asombro enmudecía los labios, pero unía las manos para el aplauso, y la Nación sentíase orgullosa por el hijo preclaro que enaltecía su nombre, y lo hacía conocer más allá de sus fronteras.

La gloria porque suspiran y laboran incesantemente los genios y los ideólogos; los sabios, los poetas y los artistas egregios; los valientes guerreros y los audaces políticos; los que alientan la vida de la imaginación, de la fantasía, del estudio ó del análisis; la vida del espíritu, de la virtud ó del sacrificio; los que crean y los que producen; los que aman y sucumben por un ideal, esa gloria completa y sin sombras de discusión, sin arañazos de la envidia, la alcanzó Menéndez Pelayo, quizás sin buscarla, pues con ser un sueño digno y elevado, á su alma sedienta de sublimes verdades, no satisfacía el vano é interesado aplauso de la popularidad, las coronas de flores que se marchitan, todo lo que al fin como humano es deleznable y fugazmente pasa. (1)

(1) En su obra «Historia de las ideas estéticas en España» dice en la *Advertencia preliminar*, hablando de su labor estilo y manera. «Esta labor oscura y austera, que no conduce ciertamente al triunfo ni á la gloria, pero que para el sosiego y buen concierto de la vida moral importa tanto.»

Abrazado á ideales eternos, vería con tranquila resignación acercarse la muerte, y en aquellos instantes solemnes, próximo á dejar de latir su corazón, y al cerrarse sus ojos á la luz terrena, ante ellos seguramente pasaría como arrobadora visión de esperanza, en cortejo deslumbrante, sus trabajos en pro de la sana cultura, sus escritos llenos de sabias enseñanzas y patrióticos pensamientos, las virtudes que informaban su caracter y las buenas obras conque esmaltó su provechosa vida, y en sus oídos entorpecidos ya para los sonidos humanos, repercutiría como eco de apocalípticas regiones una consoladora sentencia....
«Concedida la gloria de Dios, que la de los hombres es bien poco para el que tanto mereció»

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732

UVA. BHSC. LEG 36-2 n°2732